

Un beso mas ardiente
Que el que diera Abelardo á su Eloisa,
Cuando apurara del amor la fuente
De su amada en la lúbrica sonrisa....

Mas á turbar su sueño no se atreve,
Y se detiene al movimiento leve
De la casta doncella que suspira,
Y sus megillas encenderse mira,
Su cabello agitarse,
Agitarse su mórbida garganta,
Bajar rápido el seno y elevarse,
Como el pecho del cisne, cuando canta.

Ve que mueve su lábio, oye que dice
Con apagada voz: »Yo.... era.... felice,
Cuando.... á.... tu lado.... mi doncel.... estaba,
Porque.... yo.... á ti, como á.... mi Dios amaba...
Mas hora mis caricias....
Otro.... recibirá.... Ven.... mi.... que.... rido
Dulces.... me.... son conti.... go las.... de.... licias.
Volemos... del... Carmelo... á.... nuestro nido.”

Y la escucha el sultan, llanto copioso
Ve que inunda su rostro candoroso
Al recordar en el feliz ensueño
La imágen cara del perdido dueño:
En zelos se convierte,
El tierno amor, y en su furor esclama,
„Antes irás en brazos de la muerte,
Que en los odiados del rival que te ama.”

Y sacando el acero reluciente
Un beso imprime en su ardorosa frente;
Separando frenético el cabello,
Le hunde el puñal en el ebúrneo cuello;
Y presuroso sale
De aquel salon do entrara embebecido,
Antes que Egira moribunda exhale
Bañada en sangre su postrer gemido.

La virgen espiró, y una paloma
A la hora dulce en que la aurora asoma,
Se vió subir en alas de las hadas
Que del lecho de timidas doncellas
Cuyo sueño velaron con su manto,
Se elevan á habitar en las estrellas
Embelesando al mundo con su canto.
México enero 31 de 1844.

RAMON I. ALCARAZ.

A M....

Pura y brillante cual la excelsa estrella
Que á los reyes de Oriente conducia,
Ante el trono de Dios, amada mia,
Postrado de rodillas te miré.

A mis ojos entónées pareciste
Virgen del paraiso, casta y pura,
Y al mirar tu modestia y tu hermosura
Trasportado al Empireo me juzgué.

En el templo de Dios, en donde solo
La paz del alma y la inocencia brilla,
Tu corazon sin crimen, sin mancilla,
Al Señor de los hombres adoró.

Y ese Señor que el criminal insulta,
De gracias siempre y de bondades lleno,
A tu sencillo y candoroso seno
De gloria circundado descendió.

Y mi vista aparté, mi amor, sacrilego
En tan solemne instante lo juzgaba,
Solo digna de Dios te contemplaba,
Digna de las delicias del Eden.

En éxtasis de amor embebecido
De gozo celestial mi mente ardía
Y la aureola de los justos via
Coronando tu pura y blanca sien.

De tí en torno volando mil querubens
Aspiraban tu aliento sacrosanto,
Y el ángel de las virgenes su manto
Sobre tu espalda mórbida tendió.

Te ví, te amé; pero mi amor entónées
Era el amor con que se adora al justo
Que en ese instante religioso, augusto,
En tí mi corazon á Dios amó.

Que en tí moraba el Hacedor eterno,
Y era tu pecho el trono misterioso
Do se asentó clemente y bondadoso,
Para regir de allí tu corazon.

Tal vez allí te ordena que no me ames,
Cúmplase, pues, su voluntad sagrada;
Mas rúégale, muger idolatrada,
Que mi pena consuele y mi afliccion.—F. G.

LA MUGER.

Preguntaba madama Staël á Napoleon, ¿cual
le parecia la primera muger en la sociedad? y
el Emperador contestó: “la que dé mas hijos
á la patria.”—Se consultaba á un filósofo, ¿que
muger se debía escoger para esposa? y resolvió:
“la que sepa hacer mejor una camisa.”

CALOR ANIMAL.

SE dá el nombre de calor animal, á este fluido que se produce dentro del hombre y de los demas animales, sin que á su produccion contribuya ninguna causa exterior capaz de producirlo. Al tocar este punto de fisiología, que es la ciencia que trata de las funciones de la vida en el estado de salud, se debe entrar en varias consideraciones, y una de ellas es la investigación de la fuente que lo produce en el animal, atendida la cual, deberá pasarse á otras de no ménos importancia.

Los antiguos colocaban la fuente del calor animal en el corazon, y á mi ver previeron, si no acertaron á darle, como despues veremos, el lugar que le han asignado los fisiólogos modernos. Descartes, para explicar su opinion, decia que en este órgano (el corazon) la sangre entraba en ebullicion, de cuya ebullicion resultaba el calor que era comunicado por la circulacion á las demas partes del cuerpo. Van-Helmont Vieussens, Borelli y otros, creian tambien en una efervescencia ó fermentacion de la sangre, y aun en un espíritu igneo que se desprendia á causa de los movimientos del corazon: he aquí las opiniones de los antiguos, que no curándose, ó curándose muy poco de la esperiencia, se entregaban confiados á las hipótesis que la agudeza mayor ó menor de su ingenio les sugeria, como tenemos otra prueba á mas de esta, en las mil hipótesis que sobre la digestion formaron, y que solo las inmortales esperiencias de Spallanzani, bastaron á derribar.

Véamos ahora cuales son las opiniones que los fisiólogos modernos han formado, sin separarse un punto de la esperiencia, mas filósofos en esto ciertamente, que los antiguos que llevaban este nombre, pues han logrado encontrar la verdadera fuente de donde deben sacarse los conocimientos físicos. Al ver estos, como los antiguos, que solo los cuerpos organizados son los únicos que se resisten á equilibrar su temperatura con la de los cuerpos que los rodean, propiedad indispensable en todo cuerpo inerte, imaginaron luego que los primeros debian de tener dentro de sí mismos una fuente de donde emanase aquel calor, que distribuyéndose por todo el cuerpo, les comunicaba esa propiedad que antes mencionamos. ¿Cuál

TOM. I.

es esa fuente? se preguntaron; y estudiando á los antiguos, convinieron con ellos en que la sangre era sin duda el cuerpo que recibiendo inmediatamente el calor, estaba destinado á comunicarlo á los otros órganos, por ser el único fluido que en su circulacion pasa por todos ellos; mas poco conformes con los mismos antiguos en las hipótesis, y poco amantes de las ebulliciones, efervescencias y espíritus igneos, imaginaron que en la respiracion, en ese acto importantísimo de la vida, por tantos respectos debia de residir esa fuente que los antiguos colocaban en el corazon, ó infatigables en la esperiencia, lograron confirmar hasta la evidencia su teoria.

En la respiracion, que no es otra cosa que la transformacion de la sangre venosa en sangre arterial (1), se verifican varios fenómenos: hay precisamente absorcion del oxígeno del aire, combinacion de este con el carbono de la sangre, desprendimiento de ácido carbónico y de azúeto. Ahora bien, sea como unos quieren que el oxígeno esté destinado para la combustion del carbono de la sangre, sea como otros opinan que el oxígeno pase á las venas pulmonares, y se combine directamente con la sangre, siempre hay un resultado que en ambas cosas viene á ser el mismo, y es la produccion de nuevo calor, y aumento por consiguiente de la temperatura que antes de su transformacion tenia la sangre; pues si consideramos el primer caso, debe haber esta produccion de calor, por ser una combinacion química, y estar probado que en toda combinacion química la hay; y si el segundo, habrá esta misma produccion, porque entónées el oxígeno está en contacto con el carbono de la sangre, y siempre que el oxígeno está en contacto con un cuerpo combus-

(1) La sangre es conducida de la circunferencia del cuerpo al corazon por las venas, y en este tránsito conserva ciertos caracteres que son los que constituyen la sangre venosa: al llegar al corazon, pasa por una vena al pulmon en donde se verifica el acto de la respiracion, y transformada ya en sangre arterial con distintos caracteres de los de la venosa, como son la diferencia de temperatura, calor, &c., vuelve al corazon, de aquí á las arterias, y de estas al resto del cuerpo.

tible, como lo es el carbono, hay aumento de temperatura. Así lo prueban las numerosas esperiencias que sobre la sangre arterial se han hecho, y en la que, entre las diversas transformaciones físicas que se han observado, una de ellas ha sido el aumento de temperatura, pues es en esta un grado mas elevada que en la sangre venosa. Con estos datos ¿se vacilará todavía en creer que la respiracion es la fuente principal de donde proviene el calor animal?

Otras muchas esperiencias se han hecho para confirmar mas y mas esta opinion; y las de Lavoiser y de Laplace, como refiere Mr. de Magendie, hacen creer que la produccion del calor es debida, no al contacto del oxígeno con el carbono de la sangre despues de que ya aquel ha pasado á las venas pulmonares, sino á la combinacion del oxigeno con el carbono, de la cual resulta el desprendimiento del ácido carbónico, pues habiendo colocado algunos animales en calorímetros (1), comparado la cantidad de ácido formado por la respiracion, con la cantidad de calor producido en un tiempo dado, resultó, que con poca diferencia, el calor producido era precisamente el que habia resultado de la cantidad de ácido carbónico formado.

Las esperiencias de M. M. Brodie, Thillage y Legallois, son un apoyo mas de cuanto hemos espuesto, pues de ellas resulta, que á medida de que la respiracion es mas fatigosa, baja mas la temperatura; y á mas de esto, puede sacarse otra deduccion de ellas, y es, que la cantidad de calor producida, está en razon directa de la cantidad de ácido carbónico desprendida, pues los mismos esperimentadores observaron que bajando la temperatura, disminuia la cantidad de ácido.

Para probar esto no tenemos esperiencias directas; mas si tenemos suposiciones demasiado fundadas para que dejen de admitirse: se ha supuesto que el resto es debido á la accion de los nervios, á la circulacion de la sangre y á la nutricion de los órganos: la primera obra estimulando los órganos por el agente inervador; mas como hasta ahora es casi desconocido el modo de obrar del sistema nervioso, no nos será fácil presentar alguna prueba en confirmacion de lo que hemos dicho; no obstante esto, la frialdad de los miembros en las parálisis, nos parece que alega algo en favor de lo que hemos asegurado. Méno difícil nos parece demostrar la parte que la circulacion y

(1) Instrumento destinado para determinar la cantidad de calor especial de todos los cuerpos.

la nutricion toman en la produccion del calor animal. La primera de estas es indudable que obra repartiendo en todos los órganos y en todos los tejidos el fluido, cuya temperatura aumentó un grado en el acto de la respiracion, y contribuyendo á desarrollar un poco mas de calor, en virtud de los roces que experimenta contra las paredes de los vasos, por donde pasa. Si se pregunta ahora, por qué sucede esto, nos parece que será fácil esplicarlo llamando la atencion á lo que diariamente observamos; y es la produccion del calor, á consecuencia del roce que se hace experimentar á dos cuerpos, como sucede cuando frotando cualquiera parte del cuerpo con un lienzo, y aun con la misma mano hay aumento de temperatura; y como sucede tambien cuando tomando dos trozos de madera y frotándolos uno contra otro, no solo hay aumento de calor, sino aun produccion de luz cuando se frotan vivamente y por largo tiempo, como hacen los salvages para procurarse el fuego que necesitan. La mayor ó menor rapidez con que la sangre circula en los vasos, nos parece que es otra de las causas que contribuyen á la mayor ó menor produccion de calor, agregado al que la respiracion produce; y nos parece que probar esto es demasiado sencillo. Todos pueden hacer en si mismos las siguientes observaciones: cuando á consecuencia de haber andado mucho ó de haber corrido, se experimenta un sentimiento de calor árdentísimo, el corazon late con mucha rapidez; ¿qué resulta de aqui? Resulta que las contracciones y las dilataciones de las cavidades del corazon, son muy vivas y de corta duracion; y que el impulso que recibe la sangre es demasiado violento y su roce contra las paredes de los vasos demasiado rápido y fuerte; de donde en consecuencia resulta el aumento de calor considerable en todas aquellas partes en que hay multitud de vasos sanguíneos. La segunda observacion es la siguiente. En las pasiones vivas, en el amor, por ejemplo, cuando se está cerca del bien amado, y se le estrecha con transporte y se le contempla embebido, y goces indefinibles absorven todos los sentidos, los ojos despiden un brillo singular, el corazon late tambien con mucha rapidez y se experimenta una sensacion deliciosa de calor, tanto moral como física que entra en el número de los goces indefinibles que hemos mencionado ántes, y que son el carácter especial de esas pasiones nobles que sirven para conservar á la especie humana. Ahora bien, al palpar el aumento sensible de calor que ha habido y los latidos del corazon, ¿no se podrá es-

plicar este fenómeno del mismo modo que el anterior? Convengamos, pues, en que el resto del calor animal que no es debido á la respiracion, es producido si no todo, al ménos en parte por la circulacion. No negamos que la accion muscular y el fluido nervioso excitado por la presencia de la sangre, tengan parte en esos fenómenos; mas como nos parece muy difícil el esplicar su accion en estos casos, no hemos querido aventurarnos á hacerlo.

En cuanto á la nutricion, ella contribuye al desarrollo del calor por los movimientos alternativos de solidificacion y fluidificacion de los tejidos y de los humores, y por la accion de las combinaciones químicas que por su medio se efectúan para repararlos; y como ya hemos dicho que en todo movimiento y combinacion química hay produccion de calor, inútil nos parece insistir mas en ello.

Hasta aqui solo hemos considerado el calor animal en sus relaciones con el estado de salud; fuerza es que ahora hagamos algunas consideraciones respecto de las relaciones que tiene con el estado de enfermedad del animal.

Es opinion admitida y confirmada ya por todos los autores, que el calor que unido á las pulsaciones rápidas del corazon, precede y acompaña á casi todas las inflamaciones agudas, no es mas que un fenómeno físico, consecuencia de la rapidez de las palpitations del corazon. ¿No es claro, segun esto, que la fuente del calor morboso general está en la circulacion, puesto que nunca el corazon palpita con mas rapidez que de ordinario, sin que aquel aumente considerablemente? No negamos que la respiracion tenga tambien parte en la produccion de este calor; y aun creemos que tiene una grande, pues cualquiera habrá observado que en este caso la respiracion es mucho mas violenta que en el estado de salud, y si así es, nos parece que entónces el ácido carbónico debe desprenderse en mas cantidad, y por consiguiente ser mayor el calor producido, pues segun observamos antes, resulta de las esperiencias de Brodie y Legallois, que el calor producido está en razon directa del ácido desprendido. De suerte que creemos que si se examinase la sangre arterial en este estado, su diferencia de temperatura respecto de la sangre venosa, no seria de un grado, sino un poco mas elevada.

Por lo que respecta al calor local de los puntos inflamados, nos parece que se puede atribuir á las fuentes secundarias que hemos asignado, es decir, á los roces vivos que los glóbulos de la sangre sufren contra las paredes de los vasos, al llegar en mayor abundancia á aquel

punto que á cualquiera otro; y lo que parece que mas confirma esto, es que en ciertas irritaciones que no son inflamaciones (las sub-inflamaciones) en que este acopio es de fluidos blancos, si hay calor morboso, es tan sordo, que apenas se distingue del de las otras partes, y que las irritaciones nerviosas en que no habiendo ningun acopio de fluidos, no solo no existe el calor morboso, sino que la temperatura de la parte es menor que la de las otras.

Dirijamos ahora una rápida ojeada sobre el grado de calor que en las diferentes clases de animales se desarrolla.

Todos los autores que han tratado de esta materia, hacen de los animales dos grandes divisiones, llamando á unos animales de sangre fria y á otros animales de sangre caliente: los primeros son aquellos cuya temperatura es casi la misma que la del elemento en que viven, y que varia con ella; y los segundos aquellos cuya temperatura es distinta de la del elemento en que viven, y que es invariable. De esta diferencia resulta, que el grado de calor mantenido por la respiracion debe variar mucho en las diferentes especies de animales, como mil esperiencias lo han probado; mas tambien estas han probado que si es diferente en las diversas especies de animales, es casi la misma en los animales de una misma especie. Jhon Davy, célebre químico inglés, trató de determinar exactamente las temperaturas de varios animales, por observaciones hechas en Inglaterra, en Colombo, capital de Ceylan y en el mar; y de sus esperiencias, que me abstengo de poner aqui por no alargarme demasiado, resultó:

1.º Que en los hombres de diferentes razas, es exactamente la misma la temperatura, ya se alimenten esclusivamente con carne, como los Vaidas, ya no coman mas que legumbres, como los sacerdotes de Boudha, ya acostumbren en fin, tomar alimentos de estas dos especies como los Europeos, con tal que se encuentren colocados en circunstancias semejantes:

2.º Que la temperatura aumenta un poco en el hombre, cuando este pasa de un pais frio ó templado, á un pais cálido:

3.º Que la temperatura mas elevada, es la de las aves; que los mamíferos ocupan el segundo lugar, que á estos siguen los anfibios, á estos los peces y ciertos insectos, y que los maluscos, los crustáceos y los gusanos están comprendidos en la última clase.

Algunos autores habian creído que la temperatura de los habitantes de los trópicos, era infe-

rior á la de los de las regiones templadas; mas de las esperiencias del mismo Davy y de algunas de Despretz, resulta que esto es falso, pues el primero determinó en Ceylan la temperatura de siete hombres de distintas edades, y halló que la media era de 37.º 49', siendo así que en Inglaterra habia sido 36.º 7', y habiendo hecho el mismo químico otras varias esperiencias en el mismo lugar en distintos tiempos, y con personas de ambos sexos y de distintas edades, ha que la temperatura media del cuerpo no varia igualmente en los diversos climas con el sexo y con la edad.

Una vez probado que la respiracion es la fuente principal del calor animal, réstanos ahora saber si todo el calor es producido por ella, ó si no lo es todo, determinar la cantidad que á ella se le debe. Cuando la Academia de Medicina de Paris ofreció un premio al que demostrase por medio de esperiencias exactas la accion precisa de los pulmones en este fenómeno, exijió ademas el que se determinase con precision la cantidad de calor producida en la combustion del carbon. M. Despretz alcanzó entónces el premio, despues de haber satisfecho á la Academia con una serie de esperiencias laboriosas, de las que resultó, con respecto á la segunda parte de la proposicion de la Academia, que no todo el calor era debido á la respiracion, sino únicamente los cuatro quintos en los animales herbivoros, y los tres cuartos en los carnivoros, observándose en las aves casi la misma relacion; resultado casi con forme con el de M. Gaulttier de Claubry que dice que la respiracion no produce ni ménos de los siete décimos, ni mas de los nueve décimos del calor total del cuerpo, y que únicamente en los animales jóvenes que pierden una porcion de su calor propio, es en los que no se obtiene mas de los siete décimos. En consecuencia, solo una parte del calor animal proviene de la respiracion: ¿de donde proviene pues el resto?

Haremos ahora algunas ligeras reflexiones sobre los grados de calor y de frio que el hombre puede resistir. Es evidente que el hombre tiene mas medios de obrar contra el frio que contra el calor, produciendo este ya por grandes movimientos musculares, ya por una alimentacion abundante y estimulante, ya por la misma produccion de su calor inherente, por su energia moral, y por otros medios, como el uso de vestidos de lana que son malos conductores del calórico, siendo así que apenas le quedan algunos muy débiles para resistir al calor. Le es pues mas dificil al hombre resistir un gran calor que un gran frio, y esta difi-

cultad es mayor ó menor, segun el medio por que le es comunicado aquel: si es un gaz por ejemplo, les será mas fácil que un liquido, si un sólido, mucho mas dificil que este. Basta ya de calor.

R. A.

LOCOS.

El número de personas dementes que hay en México es el de 160; 81 en San Hipólito, hospital de locos, y 79 en El Divino Salvador, hospital de locas.

IDEA DEL DESPOTISMO.

Montesquieu en su inmortal obra "El espíritu de las leyes" ocupa algunos capitulos en dar idea de los gobiernos republicano y monárquico; mas al hablar del despótico, todó lo que dice es lo siguiente. „Cuando los salvages de la Luisiana quieren coger una fruta, cortan el árbol en su pié, y, caido, le quitan el fruto. He aquí el gobierno despótico.”

Un pueblo que sale repentinamente de la esclavitud, precipitándose en la libertad, puede caer en la anarquía, y la anarquía casi siempre produce el despotismo.

Yo quisiera ver un hombre sobrio, casto, moderado y equitativo que dijera que no hay Dios; al ménos hablaria sin interés; pero es una quimera encontrar este hombre.

La juventud es la edad del amor, origen de las sensaciones mas deliciosas y de las penas mas amargas, móvil de las acciones mas nobles, de los extravíos mas terribles.

Mientras el teatro siga en el estado en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud, y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las extravagancias.

Los progresos de la literatura interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios; y el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional.

Si la pena debe corresponder al delito, ¿cuál merecerá el infame funcionario que entregándose al peculado, sacrifica el erario, y deja el mas pernicioso ejemplo á sus sucesores?

ZARA Y JONAS.

LEYENDA BIBLICA.

I.

Un grito terrible de ¡venganza! se escuchaba en la montaña de Eshrain, en la llanura de Bethel, y en las márgenes del Jordan no se oían otras voces que las de venganza y muerte á los hijos de Benjamin, porque han cometido una maldad nunca oída desde que Moisés sacó al pueblo de Israel de la servidumbre de Egipto. Vengue-mos, decia el pueblo escogido, el ultrage hecho á un levita del Señor: no, no quedará impune tan atroz delito.

Este grito que se estendia rápidamente por todas las comarcas de Israel, penetró bien pronto hasta la pequeña aldea de Jesser, de la tribu de Judá, en donde vivia la jóven virtuosa Zara con Ruben su anciano y respetable padre. Zara esbelta como la palma del desierto, pura como la rosa de Jericó, é inocente como el cándido cordero que trisca alegre en la pradera, gozaba bajo el techo paternal felices y tranquilos dias; empero amaba con pasion á un benjamita llamado Jonás, de quien era tiernamente correspondida. Jonás era el ídolo de su tribu por su valor, su prudencia y su generosidad; y unia ademas á una gallarda presencia un carácter afable y cortés: este jóven aguardaba con ansia la fiesta de los tabernáculos para pedir al anciano Ruben la mano de su querida Zara.

Era esta la fiesta en que se reunia la mayor parte del pueblo al derredor del arca de la alianza, que estaba en Silo, para celebrar la memoria de los beneficios que Dios habia concedido á sus mayores, durante su peregrinacion por el desierto; mas una maldad atroz cometida por sus hermanos los benjamitas, excitó la indignacion de las demas tribus y la guerra mas sangrienta se presentaba contra Benjamin, lo cual vino á destruir las mas lisongeras esperanzas de ambos jóvenes.

La hermosa Zara temblaba al considerar los peligros que amenazaban á Jonás, porque era indudable que en una guerra en que estaba comprometida su tribu, habia de tomar una parte muy activa en sus disenciones. Ignora-

ba la jóven el motivo que habia dado origen á la animosidad de Israel contra Benjamin; pero si estaba cierta de que la guerra era inevitable.

Una tarde en que Zara y su anciano padre estaban sentados á la puerta de su casa, disfrutando de la brisa que en aquellos ardientes climas se levanta al ponerse el sol; la tierna jóven hizo recaer la conversacion sobre los disturbios que agitaban en aquel tiempo al pueblo israelita, diciéndole:—¿Cuál es el motivo, padre mio, de esta guerra que se prepara contra nuestros hermanos de la tierra de Benjamin? ¿qué delito han cometido para haberse atraído el odio de nuestros otros hermanos?—Hija mia, le contestó Ruben, los benjamitas han cometido una atroz maldad, han insultado de la manera mas horrible á la muger de un levita, maldad nunca cometida en Israel.—¿Pero esa maldad, en qué lugar ó cómo fué cometida? repuso la inocente Zara.—Voy á contarte en pocas palabras, le contestó el anciano, la historia de semejante desgracia.

Un levita que habitaba en la falda de la montaña de Eshrain, tuvo un disgusto con su esposa, la cual se separó de él y se fué á vivir á la casa de sus padres en Bethlehem de Judá; el levita estrañaba mucho á su consorte y queria reconciliarse con ella, pensó en ir á buscar á la casa de sus padres y volverse á unir con ella; tomó al efecto dos jumentos, los cargó con algunas provisiones para el camino y con un criado se dirigió á Bethlehem en busca de su querida esposa, y llegado que hubo á dicho lugar, su muger y su suegro lo recibieron con el mas cordial afecto. Tres dias se estuvo en su casa muy contento, comiendo y bebiendo alegremente, el cuarto trató de volverse á su montaña; pero su suegro se empeñó en que se detuviese, por lo cual permaneció todavia un dia mas. Al siguiente, á pesar de las instancias que se le hacian para que se quedase por mas tiempo, no quiso acceder, y cargando sus dos jumentos emprendió su viaje llevándose consigo á su esposa.

Estaba ya para ponerse el sol, cuando llegaron á las inmediaciones de Jebus (Jerusalén), y aunque su criado le instaba para que pasasen la noche en aquella ciudad, el levita se rehusó diciéndole: „No entraré yo en poblacion de gente estraña que no sea de los hijos de Israel, sino que iré hasta Gabáa en donde pasaré la noche; y si no, en la ciudad de Ramá que no debe estar ya muy distante.”

Llegó pues á Gabáa de Benjamin en donde pidió posada, y no habiendo encontrado uno siquiera de sus habitantes que se la quisiese dar, se retiró á la plaza por no tener en donde pasar la noche. A poco acertó á pasar cerca de él un anciano que venia de trabajar en el campo, y que era tambien de la montaña de Ephraim; pero que vivia como estrangero en Gabáa, el cual acercándose á él le preguntó.—¿De dónde eres y á qué parte te encaminas? El levita le satisfizo, contándole el motivo de su viage y diciéndole al mismo tiempo que en ninguna casa de Gabáa le habian querido dar posada.—Sígueme, le contestó el campesino, pasarás la noche conmigo; pero apresúrate no sea que te observen los de esta ciudad, porque es gente que ha puesto en olvido la ley del Señor. El levita le siguió, y llegado que hubieron á su casa, el anciano le lavó los piés y le sentó á su mesa dándole de cenar abundantemente.

He aquí que estando en la mesa, vinieron los benjamitas y cercaron la casa, pidiendo á grandes gritos que les fuese entregado el estrangero para satisfacer su torpeza: el campesino les suplicó que le dejasen y no quisiesen cometer con un hermano suyo tan fea maldad; pero en lugar de calmarse gritaba con mas fuerza aquella gente desenfrenada, que les fuese entregado inmediatamente el forastero, amenazándole con destruirle la casa y matarle. El levita viéndose en tan cruel situacion, no encontró otro recurso para calmar el furor de aquellos miserables que abandonarles á su propia muger, en la que satisficieron sus torpes deseos.

Al otro dia se levantó muy temprano el levita, abrió la puerta y encontró á su muger acostada en el umbral: creyendo que estaba dormida, la meneó para que despertase; pero muy pronto reconoció que estaba muerta. La ira se apoderó de su corazon y juró vengarse de los malvados que habian cometido tan horrible delito: levantó el cadáver, y atravesándole sobre uno de los jumentos, continuó su camino, y llegado que hubo á su casa dividió el cuerpo en doce partes y remitió una á cada tribu, contándoles lo acaecido en Gabáa.

La mas justa indignacion se apoderó de todo Israel, y reuniéndose las tribus han jurado esterminar á Benjamin.

—Pero ¿será posible, repuso Zara, que por la culpa de los habitantes de Gabáa, sean sacrificados hasta los que no han tenido parte en semejante atentado?

—Los ancianos del pueblo, contestó Ruben, atendiendo á esas mismas razones, han pedido que se les entreguen los culpables para castigarlos; pero los benjamitas se han rehusado á ello, por cuyo motivo han resuelto esterminar á toda la tribu. Es necesario, hija mía, arrancar de raiz esa planta venenosa, que llegaría tal vez con el tiempo á inficionar á toda la nacion.

Una lágrima se escapó de los hermosos ojos de la jóven judia, la cual apenas podia disimular su dolorosa sensacion. El anciano, que observó la emocion de su hija, le dijo con toda la ternura de un padre.—Querida Zara, no estraño que tu tierno corazon sienta las desgracias de nuestros hermanos; pero ellos han olvidado la ley del Señor entregándose á toda clase de desórdenes, y es claro que ya no deben pertenecer á la familia de Jacob. La tribu de Benjamin será destruida, así lo ha jurado el pueblo de Israel, y los juramentos del pueblo escogido son leyes que no se quebrantan jamas. ¡Infeliz del que faltase á su juramento; pagaría con la vida su perjurio!

II.

Era una de aquellas apacibles y deliciosas noches en que una ligera brisa refresca los climas abrasados del mediodia: el mas profundo silencio reinaba en toda la comarca de Jesser; la luna brillaba en la mitad del firmamento en todo su esplendor, bañando con su pálida y melancólica luz el pajizo techo de la jóven Zara: dos añosas encinas se elevaban enfrente de la puerta, las cuales parecian dos centinelas que guardaban aquella sencilla y agradable mansion. No léjos de aquel lugar se escuchaba el murmurio de un arroyuelo que se deslizaba sobre los guijarros de que estaba formado su lecho: al pié de una de las encinas habia un banco formado de céspedes, sobre el cual estaban sentados dos jóvenes; eran Zara y Jonás: Jonás que habia atravesado por medio de los mayores peligros para venir á ver á su hermosa judia, y despedirse de ella antes de que tuviese que salir á campaña contra los israelitas.

—Querida Zara, decia Jonás con el acento

del mas profundo dolor, tal vez la muerte nos va á separar muy pronto para siempre; porque todo Israel se ha conjurado contra la tribu de Benjamin: son formidables los aprestos de guerra que se hacen; y por mas esforzados que se muestren mis hermanos, ¿cómo podrán dejar de sucumbir al excesivo número de los contrarios? Yo por mi parte estoy resuelto á sepultarme bajo las ruinas de mi tribu. ¡Zara, Zara! ¡esta es la última vez sin duda que nos hemos de ver!

—No, Jonás, respondió la jóven estrechándole inocentemente entre sus brazos, no quieras esponer tu preciosa existencia defendiendo á los malvados: que perezcan ellos solos, ya que con sus desórdenes han provocado la cólera de Israel. Huye, mi Jonás, de esta tierra de execracion, huye de ella á un pais estraño: la Idumea no está lejos, á la Siria, al Egipto, al fin del mundo; en donde estés seguro mientras dura esta cruel y desastrosa guerra: huye, porque si tú mueres, yo no te podré sobrevivir.

—Qué me propones, Zara? contestó Jonás, con aire melancólico, ¿qué me propones? ¡Yo abandonar á mis hermanos en el momento del peligro! ¡abandonar á mis padres! ¡abandonarte!... jamas. Perdóname, mi querida Zara; pero me es imposible obedecerte: indigno fuera de tu amor si dejase de ser digno de mi tribu. Los escombros de Gabáa me servirán de túmulo; pero ese túmulo recordará al pasajero que el que allí reposa, cumplió con su deber como buen Benjamita. Zara, yo creo que me amas bastante para no consentir en que se manche mi reputacion, huyendo cobardemente cuando mi tribu se halla amenazada por sus enemigos. Quiero, prosiguió el jóven, arrebatado de entusiasmo, que mi sepulcro no esté lejos de tí, que esté en un lugar en donde puedas visitarlo, en donde puedas hollarlo con tus piés, tocarlo con tus manos, regarlo con tus lágrimas, y en el que de tarde en tarde esparzas algunas flores sobre su fria losa: creeme, Zara, prefiero mil veces un sepulcro al pié de las arruinadas murallas de Gabáa, que ocupar en Egipto el sόlo de Faraon.

—Basta, mi Jonás, el Dios de Moisés no permitirá que perezcas, el corazon me dice que los Benjamitas no consentirán en esponer á toda la tribu por defender á un puñado de perwersos.

—Zara, mi querida Zara, respondió Jonás, con aire melancólico, no abrigues en tu seno tan lisonjeras esperanzas, porque el desengaño te sería aun mas doloroso. Conozco bastante á la tribu de Benjamin, y sé que despues de

haber tomado una resolucion, primero se mezclarian las aguas del caudaloso Nilo con las del Jordan, que ella desistiese de su propósito.

—Pues bien, Jonás, respondió Zara, pongamos toda nuestra confianza en el Señor: yo, retirada en esta pobre aldea, esperaré con resignacion el fin de la campaña; y si la fortuna te corona con el laurel de la victoria, con qué placer te seguiré á la casa del gran sacerdote, en donde nos uniremos para siempre; pero si la suerte te fuere contraria, y por desgracia murieres.... te seguiré tambien.

—Zara, hermosa Zara, dijo Jonás estrechándola entre sus brazos, tú me haces el mortal mas feliz de la tierra; ya no temo á las poderosas huestes de Israel, porque tu amor me va á hacer invencible en los combates. Pero ya se asoma la aurora y me obliga á separarme de tu lado, adios Zara, mi bien, mi amor, mi todo: no llores, serénate; no temas que me suceda alguna desgracia, porque tus oraciones se elevarán como el incienso sagrado hasta el trono del Eterno, y las súplicas del inocente jamas son desechadas en su augustó tribunal.

Zara no pudo articular una sola palabra, porque los sollozos la ahogaban: Jonás la abrazó por última vez, y se separó apresuradamente de ella, porque ya habia aclarado bastante el dia, y al retirarse podia ser descubierto por alguno de sus enemigos.

Hacia ya algun tiempo que Jonás habia desaparecido, cuando Zara pudo recobrar un tanto de su cruda angustia, y recogiendo sus agotadas fuerzas, dobló una rodilla en la tierra, juntó sus manos en actitud suplicante, y levantando al cielo sus negros y rasgados ojos, exclamó. ¡Dios de Abraham, de Isac y de Jacob, no permitas que los hombres se busquen para matarse, destruyendo impunemente la obra de tus manos: suspende, Dios clemente, suspende esta guerra fratricida que va á acarrear tantos desastres á tu pueblo escogido. Señor, si algo valen para contigo las súplicas de esta tu humilde sierva, perdona á los que han provocado con sus maldades la ira de Israel.

III.

Ya no son los tiempos de Josuet, en que el pueblo israelita, reunido bajo el mando de un solo gefe, salia á combatir á sus enemigos, les talaba los campos, les incendiaba las ciudades y les destruia los ganados; porque estos enemigos eran gente estraña que adoraba á Belial, y ocupaba un pais que pertenecia al pueblo escogido, porque el Señor se lo habia prometi-